

El juego del agua seca

Las tormentas eléctricas son como las mareas, se van y vuelven, suben, bajan según ese ritmo que rige los desplazamientos de las especies. Las libélulas, aseguran los entomólogos, retornan siempre a su lugar de origen para desovar y morir. Principio y fin que asegura la continuidad. Paula Toto Blake parte de ese presupuesto biológico para organizar estas piezas marinas.

Un pasillo de 3 x 16 metros, masilla epoxi, resinas, y manos que antes tramaron distintos fragmentos, corazas y ariscas de parsecs hundiéndose en la pantalla acuática de una tv: un océano blanco. Melodías, roces de viento y acantilados rebotan en el espacio como en una caja de agua. La luz compone la pieza sonora. Como una pequeña orfebre de arenilla y almizca, ella moldea estas corazas; capa sobre capa, sombras sobre color.

Son los huevos que una tortuga milenaria ha depositado en los huecos de la costa o en el espacio vacío de una sala de arte. Estas piezas que la artista moldea y reconstruye y reconstruye repiquetean las cascarillas del sentido, recortando un giro en la atención.

Sensaciones y ecos de zumbidos indescifrables. Depósitos calcáreos. ¿Qué nos están diciendo estos elementos que conforman pequeñas constelaciones como un acuario de organismos minerales en perfecta quietud? Seguramente recordarnos que el tiempo se aglutina en los objetos y que como el **hombre que ante la generosidad de los astros demandase una estrella más**, es posible hacer de la fantasía un territorio a poblar.

Zona de indiscernibilidad en la cual no es posible distinguir lo dado de lo fabricado. De la tensión entre lo que el tiempo moldea en los componentes de aquello que conocemos como mundo natural y el mundo de las construcciones artificiales, surge otra manera de precisar la relación con los elementos.

Los japoneses supieron encontrar una palabra para designar el paso del tiempo: **saba**, el saba es la roña; la belleza de lo viejo, la roca inimitable, el sello, la pátina del tiempo. El tiempo es, en sí, quien trae la esencia de las cosas; una especie de fino y paciente encantamiento. Así, el moho fabricado de estas piezas no son un despiste o un simulacro sino que dirigen la mirada llevándola hacia el original, a esos círculos concéntricos que encierran el paso de los años en el caparazón de la tortuga o una piedra horadada por el viento.

Hacer aparecer las cosas en el mirar nos grita el arte contemporáneo. Un pequeño misterio a ser descifrado. Transformar, tamizar en la mirada los espacios reconocidos. Reconocer los elementos que entran y salen del mundo cuando son nombrados por segunda vez.

Esta vez un pasillo de cemento se convierte en un escenario acuático poblado de sus formas. Así como, a partir de la aparición de las guitarras eléctricas, las guitarras se transforman en elementos líquidos; las piezas minerales que Paula Toto Blake conforma nos introducen en el interior de un escenario marino. Esperando el momento indicado de acercarnos al oído estas piezas para poder descubrir qué hay del otro lado.

Mariano Mayer, abril 2000